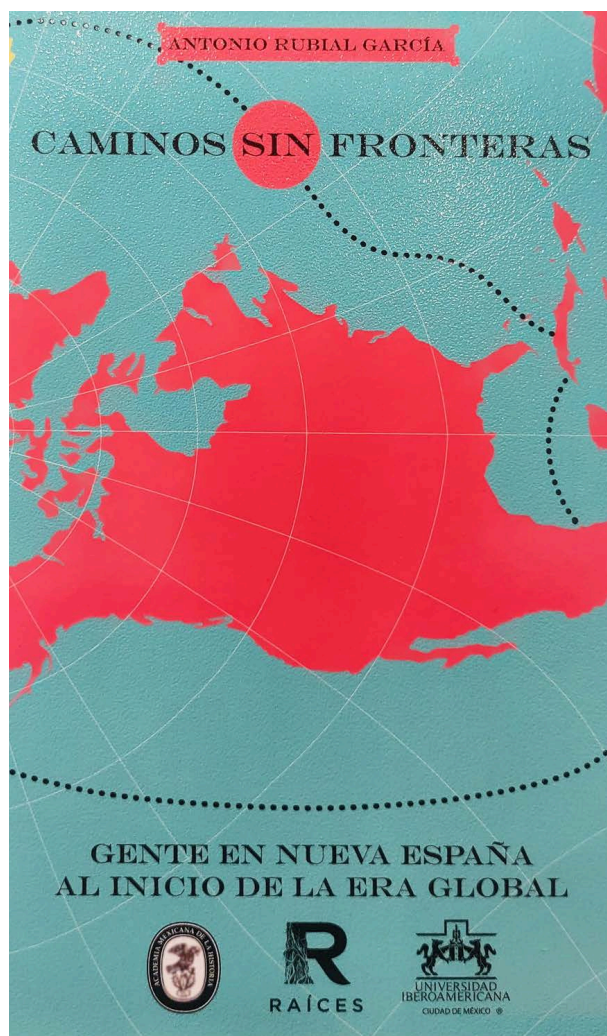


RESEÑA

Rubial García, Antonio. *Caminos sin fronteras. Gente en Nueva España al inicio de la era global*. México: Academia Mexicana de Historia / Editorial Raíces / Universidad Iberoamericana, 2022.

Arnulfo Herrera

Debo señalar que *Caminos sin fronteras* es un libro cuyo fondo escénico de base está en Nueva España, aunque su tema compete a la historia universal y, por su impecable escritura, la copia de sus noticias y la novedosa forma de presentar los contenidos, es realmente uno de los textos más gratificantes que podemos leer. Está compuesto por 14 biografías de personajes inscritos en leyenda, como los Carvajal, recalcitrantes judíos torturados y quemados por la Inquisición; el negro Estebanico que acompañó a Álvar Núñez Cabeza de Vaca en su dilatadísima expedición; Catalina-Antonio de Herauzo, la legendaria monja-alférez que tanto impresionó a los hombres de su tiempo por su heroica androginia y que ha dado material para muchas extraviadas historias; Catalina de San Juan —la China Poblana—, un caso raro de sobrevivencia a quien los jesuitas quisieron introducir en el arduo camino de la beatificación, pero chocaron con el muro del Santo Oficio; el malhadado aventurero puertorriqueño



Alonso Ramírez, cuya biografía promovió el virrey conde de Galve para que la escribiera Carlos de Sigüenza y Góngora y la posteridad le diera el estatus de “la primera novela mexicana”; el dominico inglés Thomas Gage, quien abjuró de su filiación religiosa y terminó como ministro calvinista en la convulsa era de Cromwell, cuando escribió su hispanofóbica y anticatólica crónica que abonó notablemente a la leyenda negra española en favor de Inglaterra.



Moctezuma Xocoyotzin y doña Isabel Moctezuma, Códice Cozcatzin, fol. 1v, Biblioteca Nacional de Francia.

El libro también recoge la biografía de otros personajes menos legendarios, pero tan históricos como estos que mencionamos. Comienza con la vida de Isabel Moctezuma, la hija del gran tlatoani que permitió la entrada a Tenochtitlán de Hernán Cortés quien, a la cabeza de un mixto contingente bélico, traía la desgracia y la muerte del pueblo mexica. Tecuichpo era su nombre, fue viuda de Cuauhtémoc y de tres militares españoles; tuvo una hija del capitán Cortés y seis hijos más de sus últimos dos maridos. Representaba a la nueva nobleza indígena, por lo cual recibió una encomienda en reconocimiento de los servicios prestados al emperador Carlos V. Como es de suponerse, era cristiana devota y estaba totalmente asimilada a la vida castellana. Murió con apenas 41 años y, desde su aparente pasividad, esta princesa fue realmente una matrona cuya descendencia promovió la fundación de conventos y formó importantes familias de la nobleza criolla que colonizaron el norte de México. Pero lo más importante es que le tocó presenciar las transformaciones de su mundo y de alguna forma colaborar en los cambios. Dice Antonio Rubial:

su linaje se equiparó al de la nobleza española, lo cual propició que varios conquistadores la buscaran como consorte para ascender socialmente [...]. Durante treinta años fue testigo de los trabajos de los misioneros, fundando poblados y organizando la vida de las comunidades alrededor de las iglesias cristianas. También dio cuenta de cómo los recién llegados impusieron sus formas de gobierno, explotaron los recursos naturales y humanos e implantaron sus valores, sus prácticas y creencias religiosas. Pudo constatar, finalmente, cómo los pueblos sometidos por la conquista se transformaron en todos los aspectos de la vida cotidiana, pero también cómo conservaron muchos elementos heredados de sus antepasados, como su lengua y muchas de sus costumbres.

Isabel presenció la emigración de numerosos indios hacia la ciudad fundada por los españoles [...] y pudo vivir en carne propia las consecuencias del mestizaje producido por esa intensa convivencia. Fue también testigo de las epidemias que diezmaron a las poblaciones nativas y que se llevaron a muchos de sus familiares. Ella estuvo igualmente presente cuando arribaron a Nueva España provenientes de otro lugar llamado África, del otro lado del mar, más hombres y mujeres de tez muy oscura y cabello hirsuto en calidad de esclavos.¹

Más allá de lo que cuenta, la cita nos permite entrever el propósito del autor con estas biografías, espléndida y certeramente documentadas. Porque no es un libro conformado con el relato biográfico de personajes notables a la manera en que García Icazbalceta escribió y compiló sus variopintos trabajos (eruditos sí, pero reunidos sin un hilo conductor central), o a la manera en que Gabriel Méndez Plancarte reunió las antologías de los humanistas mexicanos de los siglos XVI y XVIII, ni se parece a las intenciones de carácter costumbrista que animaron los escritos de Luis González Obregón o Artemio de Valle-

“
Caminos sin fronteras es un libro cuyo fondo escénico de base está en Nueva España, aunque su tema compete a la historia universal.

”



Consejo de Indias, *Mapa de la Nueva Galicia*, 1550, Archivo General de Indias.

Arizpe, la filiación de *Camino sin fronteras* es imposible porque no tiene antecedentes ni en la práctica de la literatura ni en la escritura de la historia.

Antonio Rubial construye con este libro la historia de un momento crucial en el nacimiento de la Edad Moderna, justo en el punto que él llama “la era global”. Con el fragmento citado concluye la biografía de Tecuichpo Isabel Moctezuma, y al repasar lo que (seguramente sin entenderlo) vieron los ojos de esta superviviente de la nobleza mexicana, Rubial da cuenta de los elementos que formaron el nuevo país después de la conquista: la transformación de los pueblos sometidos, la explotación de los recursos naturales y humanos, la imposición de una forma de gobierno con sus numerosas instituciones y su burocracia, el trabajo de los religiosos misioneros que adoctrinaron a los indios y fundaron y organizaron a sus pueblos, la emigración de los naturales a las ciudades, el mestizaje, la llegada de los esclavos africanos, las epidemias que menoscabaron a la población, etcétera. Se dice fácil, pero las versiones oficiales de la historia, aun teniendo frente a sus ojos los mismos elementos

que contempló Tecuichpo Isabel, no han aterrizado la idea de una Europa que se expandía en el siglo XVI imponiendo sus formas de vida y sus intereses por encima de cualquier resistencia local, y todavía muy lejos de configurar un nacionalismo capaz de contener el torbellino que arrasó con las civilizaciones prehispánicas.

No basta con describir este maremoto. Biografías como la de Miguel Caldera, un verdadero héroe de la colonización española en las fronteras septentrionales, le sirven a Rubial para hacer la historia detallada de los trabajos pacificadores, bélicos y diplomáticos, que permitieron la instauración de la minería; Caldera representa los esfuerzos de los hombres que vislumbraron lo que no pudo ver la mayoría de sus ambiciosos contemporáneos dedicados únicamente a la extracción de los minerales, pero el historiador no sólo se sirve de esta biografía para contarnos las vicisitudes de un hombre excepcional, sino para señalar nos la trascendencia de sus gestiones:

Desde el Bajío, a lo largo de los siguientes doscientos años, se llevaría a cabo la colonización de las fronteras de Nueva España, siendo el principal motor de ella la explotación de los yacimientos argentíferos. Los metales extraídos de las minas novohispanas y peruanas llegarían a Europa e impulsarían una economía que terminaría por dominar sobre todo el planeta.²

Y, en la biografía de Diego del Castillo, un personaje situado ya en los ocasos del siglo XVII, Rubial parece retractarse de su inclusión cuando nos advierte “aunque sus aventuras no fueron extraordinarias ni su vida puede parecernos excitante”; sin embargo, en esa parte de su libro ha justificado ya las razones que motivaron el haberlo incluido: “la actuación de hombres como Diego del Castillo, y como su yerno Domingo de la Rea, hicieron posible que los metales ame-

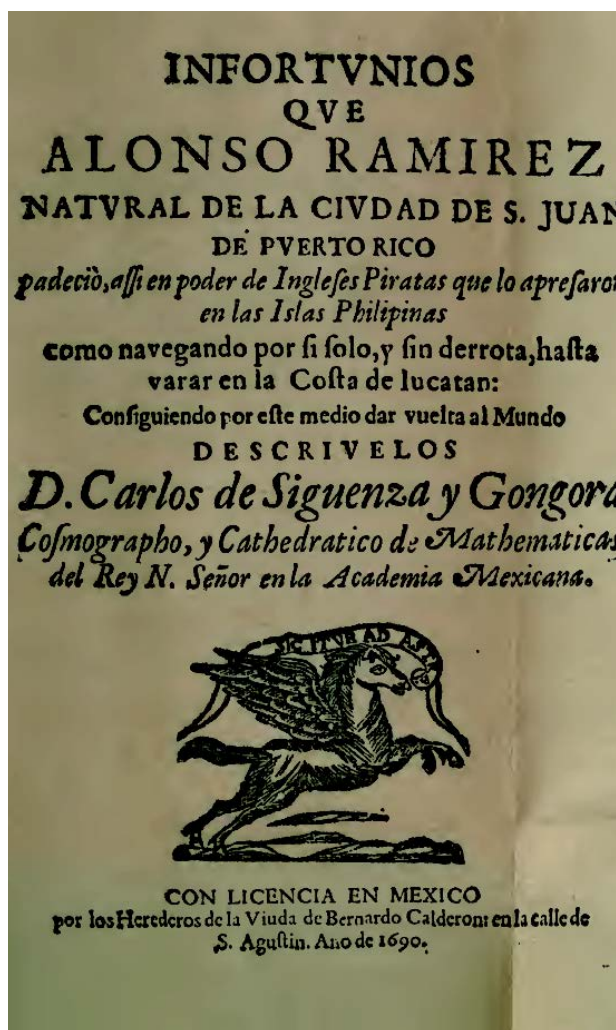
ricanos entraran en los circuitos comerciales y llegaran a todo el mundo, desde China hasta Europa”.³ Y la conclusión ilustra aún más su importancia:

la economía mundial seguía acelerándose gracias a los metales americanos, que ya circulaban por todo el planeta y habían llegado hasta China, donde los emperadores de las dinastías Ming y Qing comenzaron a cobrar sus impuestos con plata mexicana. Dichos metales ya no beneficiaban a España la cual, sin manufacturas y endeudada a causa de sus guerras, se veía forzada a comprar en Europa y en China productos de lujo y bastimentos y a pagar los réditos de sus deudas con los banqueros alemanes e italianos. En el paso entre los siglos XVII y XVIII, a lo largo de cien años, Ámsterdam y Londres sustituirían a Madrid y a Lisboa como las nuevas capitales de la economía mundial.⁴

Creo que, en mis numerosos años de estudiante de historia, nunca recibí una lección más clara de lo que se ha llamado “la acumulación originaria de capitales”.

Los *Infortunios de Alonso Ramírez*, conocidos por la literatura desplegada en torno a este viajero caribeño y a esta obra que ha dado en ser reconocida como la primera novela escrita en México, le sirven a Rubial para poner los ojos en algo de mayor importancia para la historia universal, un suceso y unos hechos que, sin ambages, podemos tildar de “trascendentales”, al menos en el ámbito humano:

Cuando Alonso transitaba entre los cuarenta y cincuenta años el panorama político del mundo occidental cambió radicalmente. España y Francia, enemistadas durante una centuria, se unían para vencer a la anglicana Inglaterra, la cual se había aliado a la católica Austria. Después de dos cambios dinásticos, Gran Bretaña iniciaba la cen-



Portada de *Infortunios de Alonso Ramírez...*, de Carlos de Sigüenza y Góngora (México: Herederos de la viuda de Bernardo Calderón, 1690).

turia con un parlamento fuerte y una monarquía sumisa a sus dictámenes y a los intereses expansionistas y comerciales de una burguesía ambiciosa. Su participación en las guerras europeas que se avecinaban, y de cuyos horrores su territorio se vería librado, la harían la potencia más temible y mejor adaptada a los nuevos tiempos.⁵

Y con estos ejemplos ya podemos percatarnos del curso que lleva Antonio Rubial en la conformación del verdadero tema de *Caminos sin*

“

Los *Infortunios de Alonso Ramírez*, conocidos por la literatura desplegada en torno a este viajero caribeño y a esta obra que ha dado en ser reconocida como la primera novela escrita en México, le sirven a Rubial para poner los ojos en algo de mayor importancia para la historia universal.

”

fronteras, el libro que da tema a esta nota. En efecto, su profesión de historiador se revela entre un complejo aparato literario que le permite darnos una lección magistral de los años en que nació la tendencia ecuménica del capitalismo, y la sustitución de las potencias mundiales cuya intransigencia y fanatismo no les permitió aprovechar la oportunidad histórica de ser las iniciadoras de este movimiento y, a través de los ojos del diletante mexicano de origen catalán, Diego García Panes, otro de los personajes de este libro, mira los cambios del mundo que empieza a configurar el siglo XIX desde su vejez frustrada por la cerrazón de las autoridades españolas:

El curioso e inquieto catalán vivió todavía los profundos cambios que trajo consigo la primera década del siglo XIX. Recibió las noticias de una Francia donde Napoleón Bonaparte pretendía imponer en Europa un imperio territorial que abarcaría desde Rusia hasta España; debió percibir también cómo Inglaterra se imponía en el mundo y comenzaba a crear otro imperio, pero éste de carácter comercial y global. Pero es muy probable que no se percatara que la nueva economía no se interesaba tanto en acumular metales como en crear industrias; que pretendía regularse por leyes naturales como las de la ciencia y se iba convirtiendo en el sistema ordenador de un mundo que derribaba fronteras en aras del progreso.⁶

Caminos sin fronteras recoge la lección de los clásicos: “enseñar deleitando” y como Lucrecio que escribió su *De rerum natura* en verso para simular la miel con que se impregnaba el borde del vaso que contenía la poción amarga de una medicina administrada a los niños, nos ofrece unas biografías documentadas con la profundidad y la riqueza que demanda la más estricta seriedad historicista, pero sin las notas tan obligadas por los almidones de la academia. El revestimiento literario tiene una calidad que sólo

es posible cuando se ha cubierto un largo camino en la escritura. La mayor virtud de Antonio Rubial es una prosa eficiente y fluida, alejada de los alardes estilísticos, que le permite obtener un ritmo capaz de proporcionar a los lectores una experiencia agradable. No debemos creer, sin embargo, que la lectura avanza por un terreno llano sin los sobresaltos de emociones como el dolor y la tristeza por el sufrimiento de los personajes, también se condimenta con alegrías y recompensas, sin faltar nunca los pasajes llenos de una belleza conmovedora, como el que puede hallarse cuando Alonso Ramírez inició el viaje hacia el poniente por el Mar del Sur:

La partida fue al atardecer, pues en esa hora del día soplaban los vientos adecuados para alejar a los barcos de la costa. La noche rodeó pronto todo con su oscuro manto y con ella llegaron las angustias y temores hacia lo desconocido [...]. Lo que ahora iniciaba era el viaje marítimo más largo posible dentro del planeta. Durante él, supo qué era pasar las semanas rodeado por una inmensidad acuática, sujeto a los mareos causados por fuertes oleajes y a la incertidumbre de las oscuras noches. Por fin una mañana lluviosa los galeones llegaron a Guam, una de las islas Marianas, la mayor de un archipiélago que la expedición de Magallanes llamó “de los ladrones”. La colonización española en la zona no llevaba ni dos décadas, y apenas en 1668 les había dado el nombre de la reina madre de Carlos II, Mariana de Austria. Alonso debió darse cuenta del ambiente de zozobra que había en la isla por las conflictivas relaciones con los nativos chamorros quienes, no hacía mucho, se habían levantado en armas, asesinado a algunos jesuitas e incendiado poblados y misiones. De ahí, la corriente los llevó hacia el norte siguiendo una ruta que serpenteaba entre cientos de verdes islas, semejantes a cabezas de hongos saliendo sobre la superficie de un mar de intenso azul.⁷

O, en esta misma biografía, el relato de un accidentado retorno a las costas americanas puede testimoniar la belleza de una escritura que nos informa y a la vez nos deleita:

Alonso temía haber desembarcado en La Florida, una zona aún poco colonizada y donde habitaban caníbales, gente de la que se contaban cosas terribles. Con todo, los seis sobrevivientes decidieron caminar por la costa en busca de ayuda, aunque siempre temerosos por el tipo de gente que encontrarían. Durante días cruzaron entre espesos manglares y pasaron ríos infestados de caimanes, enfermaron y sanaron, caminaron por inmensas playas de blancas arenas bañadas por un mar color turquesa.⁸

Baste con estas citas para mostrar la calidad literaria de *Caminos sin fronteras*. Cerremos estas páginas con las palabras que Rubial emplea en el epílogo de su libro y que constituyen, sin duda, una verdadera homilía historicista que debemos tener presente en nuestras conciencias:

Durante quinientos años México ha sido un territorio de inmigrantes, cuestión que es necesario recordar en estos momentos de exaltación de los nacionalismos y de imposición de muros limitantes que insisten en remarcar fronteras ya imposibles de mantener. Sus experiencias en la construcción de un exitoso mestizaje y de una sociedad multicultural podrán servir también como modelo para solucionar las conflictivas relaciones interétnicas que se viven hoy en día en los países europeos. Herederos de este glorioso y singular pasado, quienes habitamos en México debemos estar orgullosos y preservar su riqueza y diversidad, lo cual constituye una de sus aportaciones más importantes para este uniformador mundo global en el que nos tocó vivir.⁹

Notas

¹ Antonio Rubial García. *Caminos sin fronteras. Gente en Nueva España al inicio de la era global*. México: Academia Mexicana de Historia / Editorial Raíces / Universidad Iberoamericana, 2022, pp. 28-29.

² *Ibid.*, 72.

³ *Ibid.*, 169.

⁴ *Ibid.*, 170.

⁵ *Ibid.*, 204.

⁶ *Ibid.*, 243.

⁷ *Ibid.*, 193.

⁸ *Ibid.*, 200.

⁹ *Ibid.*, 285.



Caminos sin fronteras recoge la lección de los clásicos: 'enseñar deleitando'

